

“EL TONTO QUE NO LO ERA TANTO”

Cuentan que hace algún tiempo y en cierto lugar (como cualquier otro), había un hombre de mediana edad a quien casi todo el mundo tenía por tonto, sin que nadie lo pusiera en duda.

Y también había un grupo de personas que se divertían con el pobre infeliz, riéndose a diario de su poca inteligencia. Él se ganaba la vida haciendo pequeños mandados, a lo que sumaba, de cuando en cuando, algunas limosnas que recibía de aquí y de allá.

Diariamente algunos de esos hombres que parecen andar siempre desocupados, llamaban al pobre “tonto” al verlo pasar por delante del bar donde se reunían. Casi todos los días el encuentro ofrecía una escena que se repetía con pocas variantes. Le daban a escoger entre dos monedas: una de tamaño grande de 40 reales y otra más pequeña, pero de 200 reales. Él, invariablemente, cogía la más grande y menos valiosa, lo que era motivo de risas para todos, y siempre había alguno que aprovechaba la situación para hacer algún comentario sarcástico a cerca de las pocas luces de aquel pobre hombre (al mismo tiempo que con su actitud pedante parecían estar diciendo: ¡qué diferencia con respecto a nuestra agudeza! En fin, qué vamos a hacer, este siempre va a ser “el tonto del pueblo”).

Un día, alguien que pasó por aquél lugar y observó al grupo divertirse con aquel inocente, al poco rato le llamó aparte y le preguntó si no se daba cuenta de que la moneda de mayor tamaño valía menos. El “tonto” le miró serenamente con una sonrisa franca, y le respondió: Lo sé, no soy tan tonto como para no saberlo. La moneda grande vale cinco veces menos que la pequeña. Pero también sé que el día que

escoja la otra, el juego se acaba y ya no ganaré más mi moneda.

Esta historia podría ofrecer bastantes moralejas... Por ejemplo:

- Que aquél que parece “tonto”, a menudo no lo es tanto...

- Que los que se creen más listos, resultan frecuentemente no serlo tanto.

- Tercera conclusión: que una ambición desmedida puede acabar “secando” una caudalosa fuente de ingresos.

- Pero aún hay una conclusión más interesante que podemos sacar: que podemos estar y sentirnos bien, aun cuando los otros no tengan una buena opinión sobre nosotros mismos.

Por lo tanto, lo que importa no es lo que piensan de nosotros, sino lo que cada uno piensa de sí mismo. El verdadero inteligente es aquél que a veces puede pasar por “tonto”, delante de un “tonto” que aparenta ser inteligente”.

Que tengamos las suficientes “luces” como para “no hacer el tonto” más que lo inevitable.

Con un saludo lleno de cordialidad...



Fco. Javier Sánchez Núñez
Vicario parroquial